

**borges**  
**destino y**  
**obra de**  
**camoens**

TÍTULO  
**DESTINO Y OBRA DE CAMOENS**

AUTOR  
**JORGE LUIS BORGES**

Edición de la  
Embajada de Portugal en Buenos Aires,  
con el apoyo de la  
Dirección General de Asuntos Consulares  
y de las Comunidades Portuguesas  
del Ministerio de Negocios Extranjeros  
de Portugal

En colaboración con  
**EDIÇÕES DO TÂMEGA**

Tirada 500 ejemplares

DISEÑO GRÁFICO  
**CARLOS ALBERTO MARTINI**

# borges



LISBOA 1924

JORGE LUIS BORGES

destino y obra  
de camoens

SEGUIDO DE

un día de jorge luis borges

DE MIGUEL DE TORRE BORGES

INTRODUCCIÓN / JOSÉ AUGUSTO SEABRA

PRÓLOGO / JOAQUIM DE MONTEZUMA DE CARVALHO

TRADUCCIÓN / RODOLFO ALONSO E MIGUEL VIQUEIRA

VERSIONES DE POEMAS / JOSÉ AUGUSTO SEABRA

.....

EMBAJADA DE PORTUGAL

Buenos Aires

10 de junio de 2001



## **introducción**

## borges y camoens

JOSÉ AUGUSTO SEABRA

Entre los “héroes literarios” que Jorge Luis Borges eligió, ya cuando la ceguera lo había llevado, según dice en su *Autobiografía*, a preferir, como “consecuencia importante” de ella, a la poesía clásica, se cuenta Luis de Camoens, a quien había dedicado, en *El Hacedor*, un soneto que sucedía a aquel en que evocaba a sus “mayores portugueses”. De hecho, como confesó un día, su predilección se orientaba hacia la épica, y es al Épico que en ese soneto se dirige, evocando la “*Eneida lusitana*”. A Camoens volvería, entretanto, recurrentemente, en conferencias que pronunció y que, gracias al atento y generoso recuerdo de Joaquim de Montezuma de Carvalho, fueron exhumadas del limbo en que yacían, debido al desconocimiento que se les consagró.

Una de esas conferencias, pronunciada en la Embajada del Brasil en Buenos Aires, el 19 de junio de 1972, gracias a la iniciativa y diligencia de la hija del poeta Carlos Drummond de Andrade, María Julieta, que entonces vivía en la Argentina, se titulaba *Destino y Obra de Camoens*, habiendo sido grabada, transcrita y después publicada, en el mismo año, en aquella capital. Ella fue reeditada, en buena hora, por la mano del poeta António José Queirós, abierto a la solicitud y persistencia de Joaquim de Montezuma de Carvalho, en las Edições do Tâmega, en 1993, acompañada de un prólogo de aquel ensayista, y enriquecida con la reconstitución de “*Un día de Jorge Luis Borges*”

por su sobrino Miguel de Torre Borges, en una versión bilingüe que contó con la traducción de Miguel Viqueira<sup>(1)</sup>. Es esa misma conferencia la que ahora la Embajada de Portugal reedita en Buenos Aires, en ocasión del Día de Portugal, de Camoens y de las Comunidades Portuguesas.

Este opúsculo contiene un verdadero maná de informaciones, que del prólogo a los postextos nos restituyen un Borges entregado a sus deambulaciones imaginarias, entre las cuales la fascinación nostálgica por sus raíces portuguesas de infinito navegante “por los diversos mares del mundo”, como en una elegía imaginó a su “destino”, identificado con el del “mar” – escrito en masculino, como el de Portugal – en otro soneto donde Camoens, émulo de Ulises, aparece<sup>(2)</sup>.

La lectura intertextual de ese *puzzle* de piezas poético-críticas nos ofrece materia para una aprehensión de la visión nítida que, en su ceguera, Borges delineó de un Camoens ideal, como el suyo, donde se cruzan sus obsesiones creadoras con una erudición de la que siempre nutría a sus construcciones literarias, en intersecciones múltiples que, siendo las de un recorrido laberíntico, eran iluminadas por la reverberación de un hilo de Ariadna que en las tinieblas lo conducía.

En su conferencia de 1972, Jorge Luis Borges comienza por discurrir con discreción acerca de la importancia de las cuestiones de lenguaje en el “arte de la literatura”, discutiendo la problemática de la convencionalidad o motivación de ésta, en el sentido cratiliano, para luego abordar, en términos arquitecturales, el “modelo” de la epopeya. En el caso de Camoens, él considera que, tratándose *Los Lusíadas* de una epopeya en la cual interviene el autor, eso no significa que es el autor quien rige la obra, “cuando realmente la obra rige al

autor”, al contrario de lo que pretende la “literatura comprometida”, de la que dice descreer. Así, lo que hay de misterioso en Camoens es que el destino de la obra y el destino del autor son indisociables: “diríase que nadie conoce su destino, el destino va haciéndolo”. En otras palabras “hay algo que está trabajando en un libro más allá de la voluntad de este poeta”, lo que por otro lado, desde Homero, ya los antiguos sabían.

Ese “algo que va más allá del escritor”, y que se podrá designar como “espíritu” (¿el “Espíritu Santo”, como el de los libros proféticos?) supera en importancia a la biografía, aunque ésta tenga su interés. Y, en el caso de Camoens, pone de relieve el hecho de que el padre era de estirpe gallega y la madre de estirpe portuguesa, lo que lo impele a entregarse a “esa pasión portuguesa, que no tiene nombre en español: la *saudade*”. Eso prueba que “el lenguaje es un modo de sentir del Universo y que ese modo varía según las naciones, según los individuos y según las épocas”. De allí que, para Borges, las traducciones españolas de *Los Lusíadas* sean “mediocres”, llevándolo a leer la epopeya en portugués.

Para Borges – y eso es según él esencial – “los portugueses, como los gallegos, tuvieron algo que no se dio en Castilla, tuvieron el sentimiento del mar”. De ahí que considere sobre todo a Camoens un “navegante” y un “desterrado”. En cuanto tal, él fue sobre todo, épicamente, un “soldado”, un “capitán”. Justificando el nombre con que lo invoca en su soneto, Borges argumenta: “capitán me parece el título más poético para un soldado”, tal como lo empleara Tasso. Debiendo entenderse que ese título significa que es un “hombre ejemplar”. Ahora, según Borges, “el poeta debe cantar a los mejores”, comenzando por sí mismo, dando el ejemplo, como



proponía Milton: “el poeta debía ser él mismo un poema”, de tal modo que “nadie podría atreverse a cantar varones justos y ciudades ilustres sin que su vida fuese un dechado también”. Al comparar la epopeya con la novela, Borges, pensando en Eça de Queirós, a quien por otro lado mucho admiraba, considera que ésta es una degeneración de la epopeya...

En cuanto a la mitología de *Los Lusíadas*, en que la cristiana y la pagana se entrelazan, Borges piensa que, más que una figuración retórica, “los dioses eran reales” para el poeta, tal como sus “sueños” y sus “imaginaciones”. Diciendo no haber entendido nunca la “diferencia entre lo real y lo irreal”, él fundamenta así la coexistencia en Camoens del platonismo y del aristotelismo.

Borges termina, no con una tesis, sino con una “hipótesis”, que por otra parte en su soneto enuncia: la de que cuando Camoens regresó a la “patria nostálgica”, “pobre y triste”, debe haber sentido que todo lo que estaba perdido o iba a perderse, “todo eso no se había perdido realmente, se había perdido en el tiempo pero persistía en la eternidad”. La “eternidad” de la cual él, Borges, un día escribió la historia.

En otra de sus conferencias, en São Paulo, ya en el año 1984, de la que Joaquim de Montezuma de Carvalho nos da cuenta en su prólogo, Borges vuelve a su hipótesis, dándole ahora otra formulación: “En el caso de Camoens todavía la épica es la elegía, pues él cantaba lo que estaba ya perdido, o lo que se estaba perdiendo”. Y, por eso, en un soneto en que evoca el “mar de Ulises” y sus avatares, él habla de Camoens como

*“...aquel caballero que escribía  
A la vez la epopeya y la elegía  
De su patria”.*<sup>(4)</sup>

Es en el epílogo de su soneto “*A Luis de Camoens*” que Borges visualiza, proféticamente, lo que en la epopeya, más allá de la elegía, se salva para la “historia del futuro”, de que hablaba Vieira. En un lenguaje de tono sebastianista, escribe, dirigiéndose al Épico:

*“Quiero saber si aquende la ribera  
Última comprendiste humildemente  
Que todo lo perdido, el Occidente  
Y el Oriente, el acero y la bandera,  
Perduraría (ajeno a toda humana  
Mutación) en tu Eneida lusitana”.*<sup>(5)</sup>

Se diría que Jorge Luis Borges proyectaba en Camoens y en *Los Lusíadas* la epopeya de los Borges, “vaga gente”, que más allá de todas las decadencias, “son Portugal”, como

*“...el rey que en el místico desierto  
Se perdió y el que jura que no ha muerto”.*<sup>(6)</sup>

Por eso la lectura de Camoens que hace su émulo argentino, cuatrocientos años después de la publicación del gran Poema nacional y universal, es apasionante para nosotros, Portugueses de las Comunidades errantes por las siete partidas del mundo.

Buenos Aires, junio de 2001

*Traducción de Rodolfo Alonso*

NOTAS:

(1) Jorge Luis Borges, Destino e Obra de Camões, Edições do Tâmega. Amarante, 1993

(2) Idem p. 90

(3) Idem p. 17

(4) Idem p. 89

(5) Idem p. 87

(6) Idem p. 86

## prólogo

JOAQUIM DE MONTEZUMA DE CARVALHO

En el libro *Camoens en la Argentina* (Lisboa, 1972), patrocinado por la Embajada de la República Argentina en Portugal y por su Embajador Francisco Ricardo Bello, en una expresiva adhesión al IV Centenario de la publicación de *Los Lusíadas*, quise integrar el texto “Destino y obra de Camoens” de Jorge Luis Borges, pero los azares de la fortuna no lo permitieron. El libro se abre en el elegíaco soneto “A Luis de Camoens”, del verbo de Jorge Luis Borges, pero no contiene ese texto oral que fue conferencia concurrída en el Centro de Estudios Brasileiros, sector cultural de la Embajada del Brasil, en Buenos Aires, donde trabajaba la diligente y *saudosa* María Julieta Drummond de Andrade, hija del poeta Carlos Drummond de Andrade.

Mi prólogo a *Camoens en la Argentina* está fechado en Lourenço Marques, 24 de abril de 1972. La conferencia de Jorge Luis Borges fue pronunciada el 19 de junio y, después de grabada y transcrita por María Julieta, publicada en la imprenta Electra (Catamarca 2252, Buenos Aires), el 21 de septiembre de 1972.

António F. Azeredo da Silveira era el Embajador del Brasil, el dr. P. M. Maia el director del Centro de Estudios Brasileiros y María Julieta aquella llama sin la cual la cera de las velas ni da luz ni tiene utilidad. Hija de poeta, ella misma poeta y ligada por el casamiento a la Argentina, era el empujón vital en estas cosas del espíritu y sin el cual el Espíritu no se revela ni

vivifica, en la plural dádiva de darse a quien se aproxima a su fuente.

Tenía amistad con María Julieta. En agosto de 1983 dejó Buenos Aires y regresó a Rio de Janeiro para estar junto al padre. Fallecería en 1987. El golpe fue tan profundo que el poeta, su padre, no le sobrevivió sino para extinguirse poco tiempo después.

Los gallegos recuerdan aquel día en que María Julieta visitó la cuna de los Andrades, en Puente deume, entre El Ferrol y Betanzos, en el área de La Coruña. Ella compuso un poema al ínclito Andrade, el *Bueno*, cuyo túmulo medieval se encuentra en la Iglesia Matriz de Betanzos desafiando los siglos.

Era una mujer dinámica y obstinada y quiso llevar a Jorge Luis Borges al Centro. Lo consiguió y a ella le debemos la memoria de Camoens. La charla, si no hubiera sido grabada y minuciosamente transcrita, con revisión final del propio conferencista, se hubiera perdido en los aires de Buenos Aires. Llenaría de satisfacción a los privilegiados de esa noche, pero no a la posteridad.

No bien el texto se publicó, tuve un ejemplar, volando desde la Argentina hasta Mozambique. Fue el texto que no llegó a tiempo de ser incorporado en la obra de *Camoens en la Argentina*, aunque el prodigioso poeta y ensayista me hubiese enviado a Lourenço Marques la grabación de su lectura del soneto “A Luis de Camoens” y el magnífico estudio “Camoens, un poeta del amor” de su admirado Leopoldo Lugones, incorporado en la edición de la Embajada de Argentina en Lisboa. Borges era entonces el Director de la Biblioteca Nacional y le fue fácil, en ese laberinto de libros, ya presidido anteriormente por otros dos escritores ciegos, José Mármol y

Paul Groussac, encontrar el difícil elogio de Lugones a Camoens.

Recordé en la edición de la Embajada de Argentina en Lisboa: “Camoens fue festejado en 1924 por los argentinos con una vivacidad que el tiempo no llegó a acabar. En ese mismo año *Lusitania* (Revista de Estudios Portugueses, Lisboa, vol. 2º), la famosa revista dirigida por la insuperable D. Carolina Michaelis de Vasconcelos, de la Universidad de Coimbra, en páginas 296-300, daba un eco de los festejos argentinos alrededor de la excelsa figura de Camoens. La nota se refería a un “largo y magistral estudio del sr. Leopoldo Lugones, erudito y agudo crítico argentino”. La verdad es que este Leopoldo Lugones, íntimo de Rubén Darío y de Eugênio de Castro, es uno de los mayores poetas de América Latina y, en concepto de Borges, el mayor poeta argentino. La erudición y la agudeza crítica estaban por lo menos al pie de su genial talento de poeta. El gran Leopoldo, jefe poderoso de toda una amplia tribu literaria, festejaba también a Camoens. El eco de la revista *Lusitania* era seguido después por un artículo, “El vate nacional portugués”, redactado en castellano, y del que era autor el *saudoso* y *saudosista* Alberto de Oliveira, el amigo más querido de *Anto*, ese poeta de elegía que anda en el corazón de todos los portugueses.

Igualmente incorporé a la edición lisboeta, costeadada por la Embajada de Argentina, el hermoso texto “Camoens”, del pensador Francisco Romero, el filósofo que la generación de Jorge Luis Borges tiene como maestro de civismo y de libertad del espíritu. El ensayo de Romero es de 1924, y aborda el tema del platonismo en nuestro épico-lírico y que Joaquim de Carvalho, igualmente en ese 1924, estrenará entre nosotros con

el ensayo “Estudios sobre las lecturas filosóficas de Camões”, publicado en el referido número de *Lusitania*. El pensador argentino y el pensador portugués todavía no se conocían.

Años después serían dos grandes amigos y correligionarios de ese agosto partido que no es partido y se llama Libertad y Justicia.

Recuerdo esto porque Francisco Romero incitaba a todo argentino a leer Camões. ¡Que el argentino no se encerrase en el mar interno de las pampas! ¡Que todo él se abriese al mar océano, al mar-mar, estando *Los Lusíadas* escrito con la tinta de ese mar! ¡Que fuese espiritualista como Camões lo fue, guiado por soberbios y soberanos arquetipos! Que...

Y recuerdo, esencialmente, para enaltecer la fidelidad argentina hacia Camões. El año 1924 podía haber concluido en 1924. Pero eso no ocurrió. Un hombre de la generación siguiente, 1924, Jorge Luis Borges, heredero de Lugones, también le hereda el placer por Camões. Las palabras de recomendación de Francisco Romero encuentran en Buenos Aires el perfecto eco. Este nunca dirá del mar lo que muchos argentinos dicen del Atlántico, el charco. El mar es siempre el mar, nunca el charco que separa Europa de las Américas.

Existe, así, generación tras generación, una continuidad de amor y sabia admiración de Argentina, entre sus rostros más egregios, por el Portugal eterno de Camões. Se da, de este modo singular, aquel deseado y espontáneo tratado de fidelidades que, a veces, los otros, los diplomáticos, no alcanzan, tan cautivos están de las efímeras circunstancias.

La voz de Jorge Luis Borges leyendo su soneto “A Luis de Camões” está guardada en la Biblioteca Municipal de Figueira da Foz. Pertenece a una legión de grabaciones, de los más

representativos estudiosos de Camoens en todo el mundo, que en ese 1972 hizo volar de muchos países hasta Lourenço Marques. La voz de Borges festeja a Camoens entre las voces especialistas de Manuel Ferrer, Silvio Pellegrini, Germaine Mamalaki, Laurence Antony Dominick, Hugo Montes, Anson C. Pippet, Fernando Diez de Medina, Luis Piva, Celso Lafer, Hernáni Cidade, Jorge Guillén, Ernesto Guerra da Cal, Monica Letzring, etc. En Mozambique, donde Camoens padeciera penurias y comiera de amigos, se recreaba en su honor un aplauso internacional para su figura única. Esta daba ahora alimento y fascinación a muchos talentos. Continuaba matando el hambre... por otros. La asistencia fue diminuta porque la hora era de la turbia política que todo empaña. A la sesión de Borges asistieron unas diez personas... Los otros estaban con la barriga llena, no tenían hambre de nada. Camoens era un símbolo reaccionario. ¡Era el Portugal opresor!

Espero que en este momento no sean diez personas las que adquieran este librito. La obra publicada por Edições do Tâmega trae la sombra protectora de Teixeira de Pascoaes, hijo idolatrado de Amarante y de un Portugal universal. Teixeira de Pascoaes es un poeta pensador cuya fama se derrama y crece en el mundo como la de su hermano argentino Jorge Luis Borges, en tantos y tantos aspectos formando los dos un tronco único de cautivantes singularidades. La edición de *Destino e obra de Camões* tiene ese origen. Pascoaes sitúa a Camoens tan alto que le confiere el patronato de Portugal y de la *Saudade*. Su mano, apagada en el humilde cementerio de Gatão, avanza en las sombras y, en un gesto de claridades, bendice esta edición bilingüe. Es algo que golpea en su cueva y en ella encuentra grato eco.



Camoens es piedra fundadora de Portugal, de todas las piedras la más armoniosa y duradera.

La familia de Jorge Luis Borges está presente en esta edición. Su sobrino Miguel de Torre Borges, el sobrino predilecto, el hijo de su única hermana Norah Borges de Torre, nos recuerda un día de su tío, uno como tantos otros más que él, el poderoso y sutil artista, transformaba siempre en algo distinto y ejemplar. Miguel quiso honrarnos con su presencia en esta edición de un Portugal revisitado. También envió una foto del tío, para él el tío Georges, un nombre que hacia los lados de Amarante, Vila Mea y Porto recuerda de inmediato al delicado António Nobre y aquel verso de encargo “*¡Georges! ¡vete a ver mi país de Marineros, / mi país de las Naves, las escuadras y las flotas!*”. La foto fue tomada en una Lisboa de 1924, en el Rossio, donde sus padres y hermana se instalaron en un hotel del que perdieron la memoria del nombre (no, no era el Hotel Borges, más arriba, en el Chiado). El poeta salió a la calle y un fotógrafo ambulante le tomó la fotografía en una rápida instantánea. Es el retrato de una juventud y de un breve segundo lisboeta, hoy precioso. A esa altura Jorge Luis Borges conoció y trabó amistad con António Ferro. Le oyó ciertamente hablar del modernismo en Portugal, de Amadeo de Souza-Cardoso, de Fernando Pessoa, de Mário de Sá-Carneiro... Y me gusta imaginar el mero cruzarse de Borges y Pessoa en uno de los paseos empedrados del bajo lisboeta. Tiene sentido y está en el meollo de las esencialidades.

Otro Miguel eficaz, Miguel Viqueira, profesor de castellano en el Instituto de Estudios Españoles de la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa, con la ayuda de alumnos suyos, facilitó una eximia traducción. Cada lector,

incluyéndonos, agradece al prof. Miguel Viqueira su adhesión hidalga.

En septiembre de 1970 estuve con Jorge Luis Borges en São Paulo y ambos visitamos una *fazenda* de café hacia el lado de Lindóia, y en cuyo caserón se entretuvo en recitarme octavas de *Los Lusíadas*, con una tonada de milonga, a lo largo de una abrasadora tarde. Lo prodigioso es que no tenía un ejemplar entre manos, estaba totalmente ciego, las octavas grabadas en su cerebro...

Jorge Luis Borges volvería a São Paulo, los días 13 y 14 de agosto de 1984. El argentino difundía a Camoens para una multitud de estudiantes. Y les dijo (poseo la transcripción que los posgraduados en literatura hispanoamericana de la Universidad de São Paulo, Vicente Cechelero y Laura J. Hossiasen hicieron después de la grabación) lo que aquí importa reproducir, para subrayar la posición de Borges frente a Camoens y su obra, y consiste en estas exactas palabras (*ipsis verbis*): “En cuanto a Camoens, fue tal vez el último poeta épico que se propuso – lo que yo llamé en un soneto y millares de personas lo habrán llamado – una *Eneida lusitana*. Y tantos versos de Camoens quedan en mi memoria... Aquel, por ejemplo: “*Por mares nunca antes navegados*”. Todo el poema. Y el hecho de que en ese poema él combine, de algún modo, la *Iliada* y la *Odisea*, y las renueve, las vuelva portuguesas. Leí, también, una versión hecha por el capitán Richard Burton (traductor de *Las Mil y Una Noches*) de *Los Lusíadas*. Él no tradujo a un inglés contemporáneo del siglo XIX, sino a un inglés contemporáneo del portugués de Camoens, y escribió también una biografía del gran poeta. Yo escribí un soneto sobre él, un soneto sobre Portugal también, pero pueden quedarse tranquilos porque no

lo recuerdo. Soy muy sensible a la épica, no a la lírica. Por ejemplo, lloré muchas veces leyendo fragmentos épicos; fragmentos líricos o elegíacos, no. Lo que más me toca es la épica. Y Camoens fue, tal vez, uno de los últimos que enseñó afortunadamente la épica. En el caso de Camoens, sin embargo, la épica es la elegía, pues él cantaba lo ya perdido, o lo que se estaba perdiendo. En todo caso, conviene recordar que la poesía nace de la épica. Quiero observar, sobre todo, lo siguiente: el tema del mar es un tema casi ausente en las letras españolas, puesto que no éramos navegantes y, sí, soldados. Y el tema del mar, es un tema constante en las letras escandinavas, en las letras anglo-sajonas, en Francia con Hugo y, después, siempre en Portugal, sobre todo en *Los Lusíadas*, ya que, como todos saben, Portugal fue una tierra de navegantes”.

A comienzo de 1993, París consagró a Jorge Luis Borges, como ya había consagrado a Fernando Pessoa, en el Centro Cultural Georges Pompidou, una gran Exposición sobre su vida y su obra. Este librito estaba destinado a figurar en esa exposición. Pero también los hados destruyeron la posibilidad. La obra debía haber sido publicada a fines de 1991. Surge finalmente a mediados de 1993. Trae la bendición de Teixeira de Pascoaes. Y aquella vívida y actuante de António José Queirós. Si no fuera por este poeta y amigo de la cultura, el texto borgiano aún andaría por contadas manos del otro lado del Atlántico.

En 1980 Jorge Luis Borges autorizó a Roy Bartholomew la transcripción de siete charlas suyas, todas de 1977, ofrecidas en Buenos Aires en el Teatro Coliseo. Los temas de estas conferencias son varios: *La Divina Comedia*; las pesadillas; el libro mágico de *Las Mil y Una Noches*; el budismo; la poesía; la cábala

y la ceguera. Poseo un ejemplar de la primera edición (Fondo de Cultura Económica, México, 1980, 172 págs.). Las transcripciones contaron con el concurso de Borges, la oralidad ganaba discurso con la adaptación. Cuando recibí el ejemplar de *Siete Noches* (las siete noches que fueron las de las siete charlas a la noche) pensé encontrar allí *Destino y obra de Camoens*, pero este texto continuaba casi incógnito. No estaba. Él cobra proporciones considerables y verdaderamente difusoras en Edições do Tâmega.

Si viviera María Julieta Drummond de Andrade, para ella iría uno de los primeros ejemplares todavía con la tinta fresca...

Amarante, tierra hospitalaria, acoge a este libro.

Al final van aquellos poemas donde el genial creador plasmó para siempre la deuda de los suyos y la suya con Camoens, Portugal y los Borges de Torre de Moncorvo (el capitán Borges de Ramalho que embarcó hacia Brasil a fines del siglo XVIII o principios del XIX...), sin olvidar a los Amorins de Entre-os-Rios (Douro) ligados a su prima directa Esther Haedo de Amorim, viuda del afamado novelista uruguayo Enrique Amorim. Fueron estos Amorin de Entre-os-Rios quienes llevaron la naranja a Salto (Uruguay) y a una de las fiestas de la naranja asistió Jorge Luis Borges cuando estuvo de vacaciones en "*Las Nubes*", la mansión de Esther y Enrique en Salto, hoy sólo habitada por Esther con sus lúcidos 93 años... Porque Jorge Luis Borges es tan argentino como uruguayo por el lado materno, no existiendo para él como para su hermana y sobrinos más que una sola familia de uno y otro lado del Plata.

Tenía a Portugal y a Camoens en el corazón. La madre, Doña Leonor, llevaba a Eça de Queiroz en el suyo. Esther y Enrique idolatraban a Eça. En la casa-museo "*Las Nubes*", en el

escritorio de Enrique, figura, llenando toda una pared, la inmensa reproducción de Eça pintado por Columbano, un cuadro que se perdió en un viaje atlántico y yace en el mar...

Era en este norte de Portugal, tan vinculado a los Borges, que el librito tenía que aparecer. Helo aquí. ¡Que tenga buena suerte! y también portugueses, argentinos y uruguayos se entenderán mejor. Y que la suerte genere otras suertes...

Lisboa, 5 de junio de 1993

*Traducción de Rodolfo Alonso*

**destino y obra  
de camoens**

Cuatrocientos años, según se sabe, nos separan de la primera publicación del libro glorioso. Cuatrocientos años, y algo más de cuatrocientos años.

El hecho de que nuestros hábitos literarios han cambiado de un modo casi fundamental desde la fecha de la publicación de *Los Lusíadas*, suele olvidarse que el arte verbal, el arte de la literatura, está hecho de convenciones empezando por el mismo lenguaje, que es una serie de signos auditivos, o escritos, convencionales. Es verdad que hay un diálogo platónico en que se discute, los griegos sólo conocían su idioma, si las palabras son naturales a las cosas o si son símbolos convencionales, y se usa naturalmente el argumento de las onomatopeyas, el argumento de ciertas palabras que parecen proceder de lo que quieren significar; pero esto sólo podría aplicarse en ciertos casos y aún en esos, falla. Por ejemplo, alguien creyó advertir una analogía entre la palabra inglesa *wind* (viento) y el ruido del viento; ahora esto es falso si pensamos que en latín la palabra era *ventus* o según la pronunciación restituta *ventus* y ahí el parecido desaparece; y luego tendríamos, por ejemplo, la palabra *whisper* (susurro), *bush* (silencio), que puede parecerse a lo que significa en la voz española susurro con esas dos *eses* sibilantes, pero este argumento me parece a mí, no es válido ya que no entendemos o no percibimos ese parecido si no conocemos el sentido de la palabra, pues si yo digo *susurro* a una persona que

ignora nuestro idioma, no tiene por qué saber lo que significa y si digo *bush*, a pesar del misterio que hay en la letra “u” y en el sonido “sh” nadie tiene por qué adivinar que se trata de una pausa, de un silencio.

Si esto se aplica a las palabras, que son el material de la literatura, puede aplicarse mucho más a la misma literatura que es una serie de hábitos, de hábitos emocionales ante todo, es decir de hábitos convencionales y tanto más convencionales porque no sabemos que son convenciones. Alguien los ha comparado con el peso del aire, el aire tiene peso pero no lo sentimos porque estamos sintiéndolo continuamente y esto nos va a llevar más adelante al tema de la épica, al tema de la epopeya, y *Los Lusíadas* son una epopeya, aunque una epopeya en la que interviene el autor, a diferencia de los modelos que se había propuesto, porque en el caso de Camoens, Camoens se impone a su propósito. Creo que esto sucede con los verdaderos poetas, por eso descreo de la literatura comprometida, porque esa literatura supone que un autor rige su obra, cuando realmente la obra rige al autor, aunque el propósito puede servir como un estímulo. El caso clásico sería el de Cervantes, que se propuso escribir una sátira contra los libros de caballerías, cuya lectura ya había caducado entonces y escribió un libro que ha hecho entre tantas otras cosas que recordemos esos libros de caballerías. Yo estuve releendo el *Amadís de Gaula*, el *Palmeirim* que es un libro del portugués y descubrí que esos libros merecían ser leídos, como sin duda lo sintió Cervantes, que acaso escribió el *Quijote* para librarse de esa pasión por esos libros, y una prueba es que después escribió *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* en la cual él vuelve a las extravagancias que ahora



llamaríamos románticas, que él había satirizado en su libro anterior.

Hay algo, hay algo misterioso en Camoens, no sólo en su destino sino en el destino de la obra, que hace que nos congreguemos esta tarde, que hace que la tarde nos congrege aquí para honrar su alta memoria. Diríase que nadie conoce su destino, el destino va haciéndolo. Recuerdo aquella frase de Shakespeare que dice que hay una divinidad que nos pule, a pesar de que nosotros tratemos, o a pesar de que nosotros creemos que hay asperezas, hay algo que está trabajándonos, hay algo que está trabajando en un libro más allá de la voluntad de este poeta. Todo esto lo supieron los antiguos. *Canto, ob musa la cólera de Aquiles*, dice Homero, es decir, él no es el cantor, él es el amanuense de la musa y los hebreos, viviendo un artificio más raro atribuyeron todos sus libros (es decir todos sus libros dignos de recordación, libros por ejemplo eróticos como *El cantar de los cantares*, libros de discusión filosófica, como el *Libro de Job*, libros de historia, las indignaciones de *Los Profetas*, las profecías); los atribuyeron a un solo autor anónimo: El Espíritu Santo, y cuando a Bernard Shaw le preguntaron «¿usted cree realmente en el Espíritu Santo, el “Holy Ghost”, espíritu de la Biblia?», dijo: no sólo la *Biblia*, sino todos los libros dignos de ser leídos.

Ahora tenemos una mitología menos hermosa, no hablamos del “rua” (el espíritu), no hablamos de la musa, pero hablamos de algo no menos incomprensible y menos bello, hablamos de la subconsciencia o del subconsciente colectivo. Pero las cosas no cambian, hay algo que vá más allá del escritor, hay algo que vá más allá de sus meros propósitos. Yo había pensado resumir la vida del poeta en los diez cantos del poema

que ustedes conocen mejor que yo. Pero quizá sea más interesante el considerar esas cosas, el tratar de pensar sobre esas cosas. Los hechos de la vida de Camoens no ofrecen mayor misterio, salvo en el sentido de que toda vida es misteriosa, de que yo mismo apenas sé quién soy, como decía Walt Whitman, Walt Whitman que dijo después de leer una biografía: “Sé poco o nada sobre mí mismo y escribo este libro para entenderme” y se trata simplemente de unos rasgos... Pues bien, sabemos que Luis de Camoens procedía por el lado del padre de estirpe gallega, por el lado de la madre, de estirpe portuguesa, que fue un caballero hidalgo, que se educó en Coimbra y que sintió quizá más que nadie esa pasión portuguesa, que no tiene nombre en español: la *saudade*.

Hay una palabra, *morriña*, que supongo que significa algo equivalente, según los diccionarios, pero yo descreo de los diccionarios, porque los diccionarios nos llevan a pensar que los idiomas son juegos de símbolos traducibles, esto puede ocurrir en el caso de objetos concretos, pero tratándose de emociones, se ve que el lenguaje es un modo de sentir del universo y que ese modo varía según las naciones, según los individuos y según las épocas. Así dejemos la palabra *saudade* y no tratemos de traducirla ya que todos sentimos y sabemos lo que significa, habría palabras más o menos equivalentes, pero no del todo equivalentes en otros idiomas. Podríamos decir, por ejemplo, *eagerness*, *Sehnsucht*, una palabra inglesa, otra alemana, pero no es exactamente eso, yo diría que ninguna otra cosa es exactamente otra, que todo es individual, que cada momento de nuestra vida es individual. Los diccionarios son simplemente ayudas para la comprensión, pero no corresponden a la verdad, la verdad es arte más misteriosa y una prueba de ello, una suficiente prueba

es que existe un sistema organizado de perplejidades sobre el mundo, que llamamos, no sin alguna pedantería, filosofía.

Un profesor de cuyo nombre no quiero acordarme les enseñaba a los alumnos qué es la filosofía y el alumno tenía que contestar: “un conocimiento claro y preciso”, y si no contestaba eso, si se equivocaba y decía “un conocimiento preciso y claro”, quedaba aplazado en el examen. Pero vivimos una época extraña, si ese profesor en lugar de pensar en su libro, hubiera recordado lo que sin duda sabía, sabría que hay por lo menos dos escuelas filosóficas, la platónica, que cree en entes, digamos, abstractos y la aristotélica, que cree en los individuos. Es sabido que los platónicos han llegado á creer en un triángulo, en el triángulo ideal que no es, inconcebiblemente ni equilátero, ni isósceles, ni escaleno; es simplemente un inconcebible triángulo platónico. Y luego se dijo que a cada individuo corresponde un arquetipo platónico, con lo cual tenemos dos universos no menos intrincados, no menos merecedores de perplejidad, el universo platónico y este universo que llamamos, no sé por qué, real. Tampoco he entendido nunca la diferencia entre lo real y lo irreal, no sé por qué el telegrama que nos envía una agencia es más real que lo que yo soñé anteanoche, soñé y olvidé. Todo eso es parte de un esquema.

Pero volvamos a Camoens y veamos cómo el destino, claro está que esta palabra no explica nada, como no explican nada las demás palabras, quiso que él escribiera el poema y cómo se valió de un modo implacable de esa necesidad, de esa necesidad que todos sentimos como algo indispensable. Camoens fue, según se sabe, un soldado, un navegante, un desterrado durante tantos años, creo que diecisiete, pero mis fechas son vagas y fue, y esto es lo esencial, un gran poeta. Para

hacer estas cosas, era necesario que le acontecieran otras y así tenemos al principio los años de estudio de Camoens en Coimbra y luego, a los veinte años, creo, la llegada a Lisboa, esa ciudad que siempre le fue tan querida y luego el deseo de que la patria tuviera un monumento y el saber que él estaba predestinado a levantar ese monumento. Creo que esa voluntad fue la que lo llevó a aprender todo lo que podía aprenderse entonces. Sabemos que fue educado por los jesuitas y que en esa enseñanza intervenía la memoria, esto puede parecer absurdo, pero creo que en los países orientales es corriente que se aprendan primero unas palabras, unas fórmulas y que luego el tiempo vaya enseñándonos a descifrarlas. Es sabido que en los diez cantos de *Los Lusíadas* interviene la historia, sobre todo la antigüedad clásica, la historia legendaria o verdadera de Portugal, pero lo legendario, a lo largo, es lo verdadero y luego el conocimiento de la lengua materna, del español, del español que está tan cercano, que no sé hasta dónde conviene que se traduzca a Camoens, ya que mediante un esfuerzo mínimo podemos entenderlo. A mí me sucedió algo parecido con la lengua italiana, yo no tengo, que yo sepa, pero quién puede saber algo sobre los miles y miles de miles de los antepasados que tiene, yo no tengo sangre italiana, sin embargo, yo he llegado a leer *La Divina Comedia* en italiano. Bien es verdad que las ediciones son excelentes, que casi cada verso está anotado y que las anotaciones aclaran el texto. Esas anotaciones, las primeras fueron teológicas, las segundas históricas y las últimas, las de Momigliano y la de Drafer son estéticas y supongo, la de Sapegno, también, y supongo que se encontrará otro tipo de edición y que cada vez iremos ahondando en la *Comedia*. Las traducciones españolas son mediocres y pensé que hay algo que

no puede sustituirse y que es oír la voz del poeta a través de sus palabras y así yo he leído arriesgadamente, imprudentemente, pero sé que con una recompensa suficiente *La Divina Comedia* y *Los Lusíadas* sin saber ni el italiano, ni el portugués, porque esos dos idiomas y el español, son formas del latín, yo alguna vez supe el latín, lo estudié durante cinco años y en algunos de mis poemas he dicho que el olvido del latín – eso podría aplicarse a mi conocimiento del latín – ya es una posesión, haber olvidado el latín es algo, es una disciplina y nos acerca a tantos otros idiomas.

Pues bien, Camoens estudia la astronomía, la astronomía ptolomeica, que figura en el final de *Los Lusíadas*, estudia la antigüedad clásica, la conoce perfectamente, con tal perfección que allá en los destierros de Goa y de Macau puede recordar esa mitología con esta precisión y luego, como he dicho, la historia de su patria y las diversas leyendas celtas, *la bataille de Bretagne*, que había llegado a su patria y así tenemos la historia de los doce pares, de aquellos caballeros portugueses que saben que unas damas han sido injuriadas en Inglaterra y que emprenden el viaje más largo ahora que entonces, dado las dificultades de las navegaciones (esta palabra, navegaciones, es una palabra que inmediatamente trae a la memoria *Los Lusíadas*), y que se batían por el honor de damas que no conocían y vencen a quienes las habían injuriado. Esto encontrará después su lugar en el poema, pero se da más patético que la historia de los doce pares, se da más patético porque la historia es simplemente la historia de esos doce quijotescos caballeros que van a defender a damas que no han visto, como Alonso Quijano, que llegó a ser Don Quijote a fuerza de leer los libros de caballerías. Es más patética porque la cuenta un soldado en vísperas de una batalla, es decir

ellos van a arriesgar su vida a la mañana siguiente, alguno sin duda murió, y él les cuenta ese ejemplo de heroísmo que no es menos real por ser un ejemplo legendario, es decir que Camoens llena sus memorias de hechos; además estudiaba las matemáticas, la retórica, conoce a los clásicos y creo que era costumbre del colegio hablar en latín y en griego, y hablar en latín no significa, según he dicho ya, usar sinónimos latinos, sino pensar en latín, pensar de otra manera, porque conocer un idioma no es traducir palabras de un idioma a otro si aparte de nuestra conciencia.

Camoens, pues, posee perfectamente la antigüedad, estudia las matemáticas, la retórica, conoce bien a los clásicos y todo eso va saturándolo, no sé si él supo desde el principio cuál sería el fin de aquello, posiblemente fue sintiéndolo poco a poco, pero sé que antes, cuando apenas tenía bosquejada *Los Lusíadas*, la historia de los hijos de Luso, los portugueses – Luso es un hermano mitológico de Baco –, ya hubo quien lo llamó el Virgilio lusitano, y esa palabra, y ese título él llegó a merecerlo plenamente, pero no bastaba con los conocimientos, además de esa erudición enciclopédica, era necesario el sufrimiento, la pasión y sobre todo lo que sentimos con más intensidad, era necesaria también la desdicha, y quizá, para sentir mucho a un país – esto yo lo sé por experiencia personal y Uds. lo sabrán también sin duda –, sea necesario el alejamiento. Cuando Joyce dejó Irlanda, dijo que se proponía trabajar con tres armas, no recuerdo dos de ellas, pero recuerdo la esencial: el destierro, es decir, la nostalgia de Irlanda, la nostalgia de Dublín haría que él se sintiera más cerca de Irlanda, es decir, las cosas que se ven mejor vistas de lejos. Camoens estaba, creo, pero Uds. pueden corregir mis afirmaciones, en una situación un poco equívoca, era un caballero de familia ilustre, lazos de sangre lo unían a su

héroe: Vasco da Gama, pero no era un hombre rico y seguía en lo que se refiere al dinero, lo sospecho, aquel precepto evangélico que dice que no debemos pensar en el día siguiente, y en el que se habla de los lirios que están mejor ataviados que Salomón en toda su gloria.

\* \* \*

El libro se publica y merece el aplauso inmediato, una pensión de tres años, y que después fue prolongada por el rey. Pero, mientras tanto, había muerto la mujer que él quería; había muerto su madre, que siempre en los últimos años estaban juntas, y las conjunciones harto ingratas: la gloria y la pobreza.

Tasso le envía una carta alabándolo. Herrera, el “divino Herrera”, que cantaría la derrota de Alcazarquivir también le escribe y Cervantes en un pasaje que no he podido identificar y que no está en el *Quijote*, en aquel capítulo en que se describe el “donoso crutiño del cuore del barbero”, pero que seguramente está en el *Tesoro del Parnaso*, habla con debida admiración de los *Los Lusíadas* y los llama “el tesoro del luso”. Hay otro hecho lateral que yo querría destacar, y que es éste: los portugueses, como los gallegos, tuvieron algo que no se dio en Castilla, tuvieron el sentimiento del mar, ese sentimiento que encontramos en Inglaterra desde las primeras piezas, desde el Beowulf del siglo VIII, por ejemplo, en que se describen los ritos funerarios de un rey de Dinamarca, que viene del mar y vuelve al mar, cuando está a punto de morir ordena a sus súbditos que lloran, que lo aten al mástil de la nave, que lo rodeen de espadas y de tesoros que él había traído cuando llegó, huérfano, desconocido, a Dinamarca y que empujen la nave hacia la mar, y el poeta dice: “nadie, ni los consejeros en sus

asambleas, ni los héroes bajo los cielos, saben quién recibió esa carga”. Es decir, lo que Rubén Darío diría después de un modo más abstracto, de no saber a dónde vamos ni de dónde venimos, porque todos somos ese rey de Dinamarca, *Shulteshelvi*, que llega de lo desconocido y vuelve a lo desconocido. Es significativo el hecho de que haya once versiones inglesas de *Los Lusíadas*, sin duda porque ambas naciones, Portugal e Inglaterra, sintieron el mar. No creo que los castellanos lo sintieran, los castellanos estaban más interesados en sus pequeñas y desdichadas guerras con los Países Bajos. Hicieron la conquista, pero no sé hasta qué punto la sintieron, y hay otro hecho significativo, la Armada Invencible zarpa de Lisboa, pero la tripulación no era portuguesa, si los marineros hubieran sido gente de Portugal y no gente del Levante, acostumbrada al blando Mediterráneo, quizá la expedición hubiera tenido otro fin que el desdichado que tuvo y la historia del mundo sería distinta, pero la historia del mundo está a punto de ser distinta en cada momento. Yo poseo en casa una traducción del siglo XVII de Van Schof, que fue Embajador en Portugal, y he buscado y no he encontrado hasta ahora la traducción del Capitán Burton, que conoció la India como la conoció Camoens, que hizo una peregrinación a las ciudades Santas del Islam, a la Meca y Medina, que escribió la vida de Camoens y que tuvo la curiosa idea, no se si literariamente afortunada, de traducir el poema que admiraba tanto, no al inglés del siglo XIX, sino al inglés del siglo XVI, un curioso experimento; y hay además una traducción parcial del poeta sudafricano Roy Campbell, en que empieza diciendo: *Born in the black aurore of disaster* (“Nacido en la negra aurora del desastre”) y luego dice: *I found a comrade where I sought a master* (“Encontré un camarada donde buscaba un maestro”), y al final



del destino de Camoens, de los hechos de su vida y termina con este verso que dice: “enseñó a cantar a esa gorgona, su destino”, un verso terrible y memorable.

Camoens vuelve a Portugal a morir en ella y con ella, según dijo, previendo el fin, la leyenda que suele ser verdadera le atribuye un esclavo negro, Antonio, que lo ayudó y a quien él no pudo darle una moneda de cobre una mañana que el otro precisaba para el mercado, y luego muere en un hospital sin una manta para cubrirse y lo entierran en la fosa común y sólo, creo, que quince años después se le levanta un monumento. Así, glorioso, pobre, ignorado, muerto.

Y ahora después de estas consideraciones, trataré de decir algo del poema y de lo que nos aparta, ahora, a nosotros. Ante todo; el poema es una epopeya y el poema empieza con un verso virgiliano: *As armas e os barões assinalados* que es, evidentemente, *Arma virumque cano* y eso ya nos muestra la diferencia entra las dos edades, porque ahora con un miserable criterio que se llama filológico por científico, pensamos en la hechicería y en el plagio, pensamos que Camoens tradujo el verso del Latino, del Latino que como él pasó de lo pastoril a lo épico, pero ya decir eso es no comprender a Camoens. Camoens no quería traducir a Virgilio, Camoens no quería imitarlo, Camoens empieza así su poema deliberadamente para que recordemos a Virgilio, a Virgilio que fue una felicidad para él y para que el lector comparta esa felicidad. Es decir, él escribe *As armas e os barões assinalados* precisamente para que el lector recuerde a Virgilio, para que el poema que está leyendo se enriquezca con la sombra gloriosa de este latino.

Y luego vienen aquellos versos del desaffio, aquellos justificados versos en que él dice de las glorias de Alejandro y de

las glorias de César que han sido oscurecidas por la gloria portuguesa y habla de sus navegaciones: *Por mares nunca dantes navegados*, y que luego han ido *más allá de Taprobana*, es decir, de Ceylán, él se propone cantar la primera expedición de aquel hombre de su linaje, Vasco da Gama, *Vasco da Gama, forte capitão*, y se propone una epopeya. Se ha dicho, se ha repetido, que la novela, que es el género de nuestro tiempo, y del siglo pasado también, procede de la epopeya, yo iría más lejos, yo diría con debida reverencia a los novelistas, que yo quiero especialmente – pienso en este momento en Eça de Queiroz; yo diría que la novela es éticamente una degeneración de la epopeya aunque sus personajes sean más complejos, y aunque nuestros hábitos literarios actuales acepten la novela y rechacen instintivamente la idea de un largo relato en verso. Hemos perdido esa costumbre y es una lástima. Mis razones son de orden ético, se trata de una hipótesis mía y como tal no tienen por qué tomarlo demasiado en serio. Pero es fácil comprobar que la epopeya en todas las latitudes, en todas las épocas se propone cantar a los hombres ejemplares, y esos hombres fueron al principio los reyes y los héroes, porque se creía que el destino era justo, si el hombre era un rey, si el hombre era un capitán, capitán me parece el título más poético para un soldado y así la usa Tasso cuando llama capitán, al *dugén* que conquistó Jerusalén. Es un hombre ejemplar. Puede no parecernos ejemplar ahora, yo por ejemplo no puedo simpatizar con Aquiles, que se hurta a la guerra de Troya porque le han negado su parte en el botín y que luego combate para vengar personalmente a un amigo y que vende el cadáver de Héctor a su padre, pero Aquiles era sin duda el hombre mejor que podía soñar Homero, y Ulises todavía merece nuestra gratitud y nuestra simpatía, es decir, la epopeya

no es un juego retórico, la epopeya corresponde a la idea de que el poeta debe cantar a los mejores.

Milton dijo que “el poeta debía ser él mismo un poema, que nadie podía atreverse a cantar varones justos y ciudades ilustres sin que su vida fuera un dechado también”. Camoens tiene que haber sentido eso.

Actualmente la novela parece complacerse, parece revolcarse yo diría, en lo más bajo de los hombres. En el drama generalmente, éste también, se buscan las vilezas, las locuras, las degeneraciones, los pecados (¿por qué no usar esa palabra?), y en cambio el poeta épico quería cantar la grandeza de los hombres y de los pueblos y esto es moralmente superior sin duda, y no se si se ha insistido bastante sobre este tema.

He dicho que la memoria de Camoens estaba llena de mitología, sus días y sus noches estaban llenos de Homero y de Virgilio y esa mitología estaba entretejida en él, es un rasgo propio de un hombre del Renacimiento y esto explica lo que ahora nos parecen incongruencias y que ya fueron señaladas por el ilustre Voltaire, el hecho de que en esa epopeya cristiana intervengan con tanta frecuencia los dioses, el hecho de que Marte y Venus estén de parte del bando de los lusos y en cambio Baco y Neptuno sean los contrarios, no se trata simplemente que Camoens haya pensado que en la *Eneida* y en la *Odisea* y en la *Nada* intervenían los dioses en los asuntos del hombre, sino que sentía a esos dioses. Ahí además sabemos que la Iglesia no negaba la realidad histórica de los dioses, antes bien los vio como hombres divinizados alguna vez, pero eso fue después, como *demonios*, pero no negó su realidad, y para Camoens que vivía no menos en los episodios cotidianos de la vida que en su imaginación, los dioses eran reales, de suerte que

Baco puede disfrazarse en Mozambique, o puede tratar de engañar a los portugueses, y que Venus y Marte pueden ayudarlos, y esto no eran unas incongruencias para él que vivía en el mundo, digamos, de la mitología cristiana y de la mitología pagana, y es verdad que su vida fue una vida de sueños y de imaginaciones y que sin esos sueños y sin esas imaginaciones él no hubiera podido escribir *Los Lusíadas* a través de los largos años adversos y de las largas navegaciones.

He usado la palabra *larga navegación*, el epíteto ocurre en *Los Lusíadas* y ciertamente no se trata de una pobreza retórica, lo que el navegante siente ante todo es eso, las navegaciones son *largas* y lo eran más en aquellas épocas de incertidumbre donde dependía de los caprichos del viento y de los azares de las tempestades. Tenemos así la historia de las hazañas de Vasco da Gama, que está visto no sólo como personaje real, sino ya, aunque históricamente no estaba muy lejos, como personaje mítico, todo esto era fácil para Camoens, todo esto acaso es difícil para nosotros. Luego hay otros elementos de carácter mítico, uno que ha quedado en mi memoria desde los ya lejanos años, cuento setenta y dos, en que leí *Los Lusíadas*, es el sueño del rey Manoel, que sueña con dos ancianos resplandecientes, húmedas de agua las barbas y esos ancianos le dicen que son los ríos sagrados de la India: el Indo y el Ganges, y le piden que envíen sus soldados y sus misioneros ahí. Ese es uno de los episodios y luego tenemos el quizá más extraño de todos, el último, aquél en que aparece Thetis.

Thetis lleva a Vasco da Gama y a algunos de los suyos a la cumbre de una montaña, de una montaña que está esmaltada de flores, después de atravesadas las asperezas, como el cielo está esmaltado de astros, y ahí les muestra el universo, les muestra un

globo luminoso y ese globo viene a ser el arquetipo del universo ptolomeico, las diversas esferas concéntricas y transparentes que corresponden a los diversos cielos. Vasco da Gama ve lo que nadie ha visto del universo, de suerte, y además se habla de Dios, se habla de Dios que no tiene fin, como la esfera. Y Pascal hablaría después de la esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, y la compara con la no menos misteriosa divinidad, esa divinidad que Parménides concibió como esfera; y esa visión del universo, del universo luminoso es la última, viene a ser como un galardón dado al héroe, y dado al héroe cristiano, por una divinidad pagana, por esta Thetis.

Y ahora yo querría agregar para concluir una... – lo que podríamos llamar, una sospecha mía, salvo que me parece segura –, es que cuando Camoens vuelve a su patria, (esto lo he dicho en un soneto, malamente, pero quiero repetirlo), él debió sentir que todo lo perdido y que lo que estaba a punto de perderse, que todo eso no se había perdido realmente, se había perdido en el tiempo pero persistía en la eternidad y persiste ahora también en esa extensión de Portugal que se llama Brasil y que no es menos heredera de Camoens que el propio Portugal. Aquí una pequeña broma personal: un español dijo una vez, “nosotros que somos los nietos de los conquistadores”. Y yo le dije: no, Uds. son los sobrinos, los nietos somos nosotros, los nietos somos los descendientes de quienes se quedaron aquí, no de los que se quedaron en Castilla. Creo que esto puede aplicarse, pues bien, estoy seguro de que Camoens sintió que nada se había perdido, que las banderas, las guerras, los heroísmos, famosos o anónimos, el Imperio y esa grandeza que él entrevió y que ahora está cumpliéndose en otro continente y a la luz de ese continente también, y a Pedro Álvares Cabral, que

todo eso de algún modo estaba salvado para siempre, no en la mera geografía y en la mera historia que son supersticiones actuales, sino en algo más importante, en la eterna *Eneida* lusitana, en el poema de *Los Lusíadas*.

**un día de  
jorge luis borges**

MIGUEL DE TORRE BORGES

Ese día, digamos un miércoles de la primavera de 1944, se “recordó” a las ocho. Había dormido pasablemente bien; varias veces las campanadas de la Torre de los Ingleses habían sonado sin que él las oyera. Los *encorvados tirantes de enorme fierros*<sup>(1)</sup> del insomnio estaban quedando atrás. La sirvienta abrió las persianas – que daban a un balcón sobre Maipú – y dejó sobre la mesita de madera oscura, que tenía un cajón grande y tres laterales más chicos, una bandeja con un tazón de café con leche, nada más. Con los pies fuera de la cama de bronce, sentado, tomó despacio el “bebido” desayuno y recorrió con la mirada su cuarto, que en realidad no era un dormitorio, sino el comedor del *breve departamento*, separado del living por puertas corredizas, que siempre estuvieron cerradas. Vio el mobiliario: aparte de la mesa y la cama había dos bibliotecas “Thompson”, una vieja silla de madera pintada, cuyo asiento estaba tapizado con una “Dame à la licorne” bordada por mi madre, dos acuarelas de Xul Solar y una despiadada litografía norteamericana que mostraba a un aterrorizado prisionero, de rodillas, las manos atadas a la espalda y una piedra al cuello, a punto de ser arrojado al río por unos hombres armados, que bien podría haber ilustrado algún cuento de *Historia universal de la infamia*. Fue al baño, mezcló el agua hasta que la encontró suficientemente caliente, esperó que se llenara la bañera y entonces se sumergió largo rato. Envuelto en una “robe” de



toalla volvió al cuarto y se vistió con la ropa ya preparada por su madre desde la noche anterior. No poseía más de dos o tres andados trajes – escrutinio que ignoraba y que tampoco le hubiera interesado –, con bolsas en los pantalones a la altura de las rodillas (al sentarse nunca los acomodaba subiéndolos), y se vestía por esos años con toques muy personales: metía los faldones de la camisa abajo del calzoncillo, se abrochaba los tres botones del saco, con lo cual parecía como fajado, y llevaba la lapicera fuente prendida del bolsillo superior externo. Levantó la tapa de vidrio del primer estante de la biblioteca colocada cerca de la cabecera de su cama, sacó el primer tomo de *The Works of the late Edgar A. Poe* (New York, 1850), lo abrió entre la tapa y la primera página, extrajo un papel de 10 pesos y lo metió, doblado, en una gran billetera de cuero negro, que guardó en el bolsillo interno del saco. Buscó *La Nación* – ya leída por su madre –, con la punta de los dedos la tomó, la colocó bajo el sobaco izquierdo y, tieso, bajó a la calle y cruzó a la Plaza San Martín, donde alzó el brazo dejando caer el diario sobre un banco. Ya libre de la carga caminó por Florida hasta la peluquería en la esquina de Viamonte; allí, mientras el barbero lo afeitaba, *el íntimo cuchillo en la garganta* y le hablaba de fútbol y de política (Hitler, Sarlanga, Perón), él armaba un poema: *Zumban las balas en la tarde última. / Hay viento y hay cenizas en el viento, / se dispersan el día y la batalla / deforme, y la victoria es de los otros....* Por Florida siguió hasta Cangallo, dobló y entró en Mitchell's. El solícito vendedor, que nunca conoció sus gustos, le ofreció obras de química y de golf, recién recibidas. Solo, recorrió los estantes y las mesas y compró *They Were Seven*, de Eden Phillpotts, con el propósito, si le gustaba, de hacerlo traducir y publicarlo en “El Séptimo Círculo”, una colección de novelas

policiacas que se estaba abriendo camino. Entonces sí, después de ver la hora en un reloj de esfera marrón – regalo de Navidad de Adolfo Bioy Casares, que yo conservo –, con el libro firmemente empuñado en la mano derecha, caminando ligero por Florida, volvió a su casa. Apenas llegado se sentó a su mesa. Por largo rato escribió laboriosamente en las hojas cuadriculadas de un cuaderno, consultando varias veces la “Enciclopedia Británica”, *uno de mis paraísos perdidos*, hasta quedar satisfecho con la enumeración caótica:... *vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales...* La madre lo llamó para almorzar. Comieron frugalmente una sopa de cabellos de ángel, bifes “bien hechos” con papas y de postre queso y dulce de membrillo, bebieron agua fresca de la canilla y una tacita de peperina al final. Se levantó de la mesa y apartó el libró para el largo viaje de casi una hora que lo esperaba – ya había leído así, en el trayecto de ida y de vuelta tres o cuatro ediciones anotadas de la *Divina Comedia*, *La decadencia y caída del Imperio Romano*, el *Orlando furioso*, las obras de León Bloy y de Bernard Shaw... –; ahora estaba con el décimo y último tomo de la *Historia de la República Argentina* de López. Mi abuela le mojó el pañuelo y la cabeza con agua de Colonia que sacó de un antiguo frasco de cristal con tapa de plata labrada, le arregló el pelo con un cepillo y con un peine de metal y lo acompañó hasta el ascensor, donde

se despidieron. Esperó en una esquina, no lejos de su casa, subió al tranvía 7, se sentó – resignado ya a combinar la música de las palabras con el traqueteo del coche – y abrió el libro, aunque el oculista le había advertido el peligro que corrían sus *ojos* disminuidos si leía con poca luz y en un vehículo andando. De vez en cuando, mientras el “7” se internaba en el sudoeste, levantaba la vista y verificaba con invariable satisfacción – aunque ya llevaba seis años cumpliendo el mismo camino – las viejas casas, los pasajes, los conventillos, *unos leones de mampostería en un portón de la calle Jujuy, a unas cuadras del Once*, los baldíos y hasta las modernas y curiosas fachadas Art déco. Al llegar a la página 386 de la *Historia*: “No contaba Molina con las fuerzas que el coronel don Isidoro Suárez mandaba en el norte. Ese brillante jefe de caballería había sustituido al coronel Pacheco en el mando de la frontera...”, sintió que a él, leyendo la mención a su bisabuelo, también (como a Laprida) le *endiosa el pecho inexplicable un júbilo secreto* y enternecido, suspendió la lectura unos instantes. Pero estaba llegando al término, bajó del tranvía, caminó unas cuadras y entró en la Biblioteca Municipal Miguel Cané, donde *desempeñaba, aunque indigno, el cargo de auxiliar tercero*. Se sentó y acometió lo que ya se la había vuelto una estupidizadora tarea: clasificar no más de cien obras por día, para no dejar al descubierto la cultivada haraganería de sus compañeros de trabajo. Después, con la intención de aislarse del opresivo y pesadillesco ambiente del empleo, y como el buen tiempo lo permitía – en otro caso se hubiera recluso en el sótano, donde, justamente, había escrito: *La Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible* y donde, también, había traducido a Virginia Woolf y a Faulkner –, subió a la azotea a releer *El castillo*. Al atardecer bajó, se acercó a las

estanterías y acarició amorosamente los lomos de los volúmenes, cuya ubicación conocía ya de memoria; tanto era así, que hubiera podido localizarlo aun con los *ojos* cerrados. Salió a la vereda y caminó hasta el almacén de la vuelta, en Muñiz y Estados Unidos. Se acodó al estaño y pidió una ginebra, que apuró de un trago. Otras veces tomaba un guindado oriental, o una caña de naranja, o hasta un vermut con aceitunas, aunque lo que le servían nunca le importó demasiado. En él, *los años, el desgano y la soledad fomentaron ese criollismo algo voluntario, pero nunca ostentoso* de entrar en un boliche y tomar algo. Volvió a la biblioteca y al rato pasó a buscarlo una amiga suya, hecho que ocurría con frecuencia y que llamaba la atención de los otros empleados – eran casi medio centenar –, especialmente de las mujeres, porque quienes se llegaban a esos *arrabales del Sur* eran a veces señoras elegantemente vestidas, muy perfumadas, y que además aparecían retratadas en *El Hogar*. Aparte de esta contradicción entre las paquetas damas y el humilde empleado municipal, otro sucedido había llamado la atención de sus compañeros: cierto día uno de ellos encontró, en la página 411 del tomo II del Apéndice de 1931 del “Espasa”, un artículo con una fotografía – ésta mostraba a toda una personalidad, con bigotes y moñito – sobre un tal Jorge Luis Borges, y comentó con él la coincidencia de que existieran dos individuos con el mismo nombre... Mi tío aclaró que el del artículo y él eran una misma persona, pero nadie le creyó. Tomaron el tranvía y volvieron al centro, fueron a un cine de la calle Lavalle y después, en subterráneo, al restaurante de la estación Retiro, donde comieron jamón con melón, ravioles y arroz con leche, rociados con vino tinto, mientras charlaban y reían muy animadamente. Acompañó a su amiga hasta la casa y volvió, antes de

medianoche, a la suya. Como siempre, su madre estaba esperándolo, ya acostada y leyendo Dickens. El se sentó a su lado, en el sillón “seesaw”, y habló:... *Espero que la gripe te haya olvidado. Madre: vi un film mediocre, pero que me conmovió y que me gustaría rever con vos: “Madre Louise”, tomado en los cantones centrales de Suiza, con cielos, nubes y montañas enternecedoras. Hablando de montañas ¿cómo anda “The Tree of Life” de Machen? Mandie ya está ilustrándolo. Mañana iré a lo de Ortiz Basualdo; se discutirá el destino de la revista, no demasiado claro, por cierto. Adolfo y Silvina volvieron de la estancia; casi todas las noches trabajaremos en el film. Estamos ya en lo bravo, en los diálogos y en las indicaciones de las imágenes. Adelantamos con lentitud, pero vamos conociendo mejor a los personajes. Ya establecido el argumento, lo demás es mecánico. Lo importante es el hallazgo de continuas y pequeñas sorpresas y simetrías. Hablando de films, vi noches pasadas uno mediocre, pero eficaz, de sentimentalismo escocés – “Los verdes años” – en el que trabaja un chico bastante parecido a (aquí me nombró) Miguelete. Concluyo en estos días la redacción de un largo (para mí) relato fantástico. Cada día escribo mi página y pico... La madre y el hijo se despidieron hasta el otro día. Entró en su cuarto, se desnudó y se “encajó” el largo camisón blanco, igual al que llevaba cuando era chico, igual al que seguiría usando toda su vida. Se metió en la cama y, tendido, leyó un buen rato, alumbrado por la escasa luz indirecta que llegaba desde el techo. Cerró el libro, se levantó y comprobó en las bibliotecas que los títulos en los lomos de los volúmenes estuvieran hacia arriba – en los ingleses al revés –, para no encontrar, a la mañana siguiente, caídas las letras de las páginas, como en los libros que duermen cabeza abajo. Apagó la luz, se acostó de espaldas con los brazos pegados al cuerpo, y murmuró, saboreando cada palabra: “Our Father, who art in*

heaven, Hallowed be thy Name. Thy kingdom come. Thy will be done, in earth as it is in heaven...”.

Buenos Aires, 1991

NOTA:

(1) Lo subrayado son citas de J.L.B. extraídas de sus libros, artículos y correspondencia.

**poemas de la  
nostalgia portuguesa**

## los borges

Nada o muy poco sé de mis mayores  
Portugueses, los Borges: vaga gente  
Que prosigue en mi carne, oscuramente,  
Sus hábitos, rigores y temores.  
Tenues como si nunca hubieran sido  
Y ajenos a los trámites del arte,  
Indescifablemente forman parte  
Del tiempo, de la tierra y del olvido.  
Mejor así. Cumplida la faena,  
Son Portugal, son la famosa gente  
Que forzó las murallas del Oriente  
Y se dio al mar y al otro mar de arena.  
Son el rey que en el místico desierto  
Se perdió y el que jura que no ha muerto.



## **a luis de camoens**

Sin lástima y sin ira el tiempo mella  
Las heroicas espadas. Pobre y triste  
A tu patria nostálgica volviste,  
Oh capitán, para morir en ella  
Y con ella. En el mágico desierto  
La flor de Portugal se había perdido  
Y el áspero español, antes vencido,  
Amenazaba su costado abierto.  
Quiero saber si aquende la ribera  
Última comprendiste humildemente  
Que todo lo perdido, el Occidente  
Y el Oriente, el acero y la bandera,  
Perduraría (ajeno a toda humana  
Mutación) en tu Eneida lusitana.

## elegía

Oh destino el de Borges,  
haber navegado por los diversos mares del mundo  
o por el único y solitario mar de nombres diversos,  
haber sido una parte de Edimburgo, de Zürich, de las dos  
[Córdobas,  
de Colombia y de Texas,  
haber regresado, al cabo de cambiantes generaciones,  
a las antiguas tierras de su estirpe,  
a Andalucía, a Portugal y a aquellos condados  
donde el sajón guerreó con el danés y mezclaron sus  
[sangres,  
haber errado por el rojo y tranquilo laberinto de Londres,  
haber envejecido en tantos espejos,  
haber buscado en vano la mirada de mármol de las estatuas,  
haber examinado litografías, enciclopedias, atlas,  
haber visto visto las cosas que ven los hombres, la muerte,  
el torpe amanecer, la llanura  
y las delicadas estrellas,  
y no haber visto nada o casi nada  
sino el rostro de una muchacha de Buenos Aires,  
un rostro que no quiere que lo recuerde.  
Oh destino de Borges, tal vez no más extraño que el tuyo.

Bogotá, 1963

## el mar

El mar. El joven mar. El mar de Ulises  
Y el de aquel otro Ulises que la gente  
Del Islam apodó famosamente  
Es-Sindibad del Mar. El mar de grises  
Olas de Erico el Rojo, alto en su proa,  
Y el de aquel caballero que escribía  
A la vez la epopeya y la elegía  
De su patria, en la ciénaga de Goa.  
El mar de Trafalgar. El que Inglaterra  
Cantó a lo largo de su larga historia,  
El arduo mar que ensangrentó de gloria  
En el diario ejercicio de la guerra.  
El incesante mar que en la serena  
Mañana surca la infinita arena.

### NOTAS:

Los sonetos “Los Borges” y “A Luis de Camoens” figuran en el libro *El Hacedor*, 1960.

El poema “Elegía”, escrito en la ciudad de Bogotá, capital de la República de Colombia, en 1963, pertenece al libro *El Otro, El Mismo*, 1964.

El poema “El Mar” integra el libro *El Oro de los Tigres*, 1972.

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	5
Borges y Camoens	
José Augusto Seabra	
<b>PRÓLOGO</b>	12
Joaquim de Montezuma de Carvalho	
<b>DESTINO Y OBRA DE CAMOENS</b>	22
Jorge Luis Borges	
<b>UN DÍA DE JORGE LUIS BORGES</b>	39
Miguel de Torre Borges	
<b>POEMAS DE LA NOSTALGIA PORTUGUESA</b>	47
Jorge Luis Borges	